

Dios permite superar los límites de la razón —la fragilidad humana, el mal, la injusticia—, que amenazan con sustraer a la vida su sentido colisionando así con la posibilidad de la ética.

M. Soledad Paladino. Instituto de Filosofía – Universidad Austral
spaladino@austral.edu.ar

HAN, BYUNG-CHUL

El corazón de Heidegger. El concepto de “estado de ánimo” de Martin Heidegger, Herder, Barcelona, 2021, 327 pp.

Nos llega otro libro del filósofo de moda. La verdad es que no soy amigo de las modas, y menos en filosofía, pero... este pensador tiene buena pluma y nunca me deja indiferente. A mí me interesa por los temas que trata y el enfoque, aunque no puedo más que estar en desacuerdo con el trasfondo de su exposición. Intentaré explicarlo.

El tema del libro son los estados de ánimo, un tema difícil de abordar y que estudié en pensadores alemanes que a mi juicio se encararon con el asunto con más rigor que Han. Pero esta es la visión de un filósofo de moda sobre otro filósofo que desde su muerte, e incluso antes, ya tenía cierto halo de genio: Heidegger. Los estados de ánimo, el corazón, las disposiciones de ánimo, la actitud fundamental... son conceptos que se equiparan y dependiendo de quién sea quien los estudie saca conclusiones muy diversas. También Heidegger se dedicó al asunto de la *Gesinnung*, de la actitud interior, del corazón, del núcleo de los estados del ánimo.

El libro se compone de nueve capítulos. El primero, como suele este autor con los títulos —hay que reconocer que se le da bien poner títulos provocadores—, es *La circuncisión del corazón*. Muy en resumidas cuentas, lo que viene a decir Han es que la falta de entusiasmo es lo que emprende la circuncisión del corazón. El corazón en Heidegger, al contrario que Derrida, es la escucha a una única voz, la *voz del ser* —concepto en el que a mi juicio Dietrich von Hildebrand profundiza mucho más que Heidegger y que Han

mismo, pero, la suerte de la moda iba más con estos últimos que con el primero—.

El corazón de Heidegger tiene que ver con la sintonía, con lo templado, lo conjuntado, lo reunido, lo recogido, lo contemplativo, y todo ello con la totalidad de corazones. Aquí el autor hace dialogar a Heidegger con autores como Derrida, Deleuze y Hegel, entre otros. Y el estado de ánimo aparece cuando el autor concibe que el corazón y el mundo son de algún modo coextensos. Y lo que constituye esa arquitectura del corazón es el estado de ánimo. Ya al final del capítulo habla del amor trascendental en Heidegger, pero desde una óptica un tanto —a mi juicio— tramposa, pues ese amor trascendental es transexual. Esto se podría aceptar, pero después hace un giro propio de los que están embriagados de modas e incluso de ideologías y defiende que tanto la heterosexualidad como la homosexualidad no serían más que un fenómeno óptico. No intervendría en el ser. Y empieza a hablar de una sexualidad neutra. Finalmente, achaca a Heidegger que el pensar del corazón —parafraseando a Pascal— esté encandilado por la magia del mundo sintonizador. Heidegger pone el corazón en el mundo, pero, por más que, aún hoy en la casa de Heidegger siga colgada en la puerta la sentencia bíblica: “Cuida tu corazón más que otra cosa, porque él es la fuente de la vida”, no está abierto al o por amor a Dios.

El segundo capítulo se titula *La magia del ahí*. Se trata de la complejidad de la cercanía. El *ahí* es la cercanía, pero la cercanía no es la caricia. La cercanía va más bien por el camino de estar en, o estar en la cosa. Se trata de buscar una cercanía que la intencionalidad objetivamente no descubre, no ve. Esta podría ser una de las razones por la que Heidegger se desvincula de la fenomenología husserliana. El ahí no se queda en la conciencia. Para Heidegger según Han la facticidad del *ahí* se vuelve accesible en la afectividad, que es ilocalizable en la interioridad del sujeto psíquico. La magia del ahí no se reduce a representaciones, sino que más bien consiste en que “*siempre lo hubo ya*” (p. 54). El ser ahí es siempre anterior a la conciencia, o al ser consciente. La magia del *ahí* es la magia del don. Sólo que este capítulo no ahonda en qué es precisamente ese don...

podría ser muchas cosas... pero queda un poco en el aire. Aunque lo recupera en el siguiente capítulo.

El tercer capítulo tiene un título curioso: *Piel de gallina como imagen mental*. Para Heidegger la filosofía es un preguntar que se comprende a partir de una emoción esencial de la existencia. Y ahí está de nuevo el estado de ánimo, un estado de ánimo fundamental de ella. Lo que se da en el estado de ánimo fundamental es el don, un don que se repite en el pensar. Aquí Han ataca la filosofía kantiana, pues para Kant los filósofos del sentimiento no definen la filosofía como trabajo, como le gustaba al filósofo de Königsberg. Kant define el presentimiento como la interrupción de una acumulación de la conciencia moral, que hay que restituir para que lo presentado pase a ser sabido (p. 64). Nada más lejano a lo que Heidegger percibe por presentimiento. Éste sitúa el presentimiento en el corazón como órgano del conocimiento no económico. En Kant todo es cálculo, cifra... economía. Heidegger, ridiculizando a Kant, opone el pensamiento del corazón a la mente que trabaja económicamente. Por eso para Han, el corazón de Heidegger está en el lugar del saber central. El inicio del filosofar está precisamente en algo vivo, en el despertar del estado de ánimo fundamental. Termina este capítulo con una digresión sobre el aburrimiento algo sugerente.

No quisiera seguir desmenuzando el libro resumiendo o desvelando el final. Lo propio del “spoiler” es hurtar la oportunidad de sorprenderse. Sólo mencionar los temas que tratará el autor: la voz, el talante de las imágenes, el rastro de lo divino, la excentricidad, el dolor y los latidos por el todo. Con todo, Han nos hace tener una imagen del corazón de Heidegger.

Finalmente, he echado en falta más referencias a los pensadores, también alemanes, que, a mi juicio, más y mejor han abordado el tema del corazón y/o el estado de ánimo (que no se identifican en absoluto), tales como Pfänder, Dietrich von Hildebrand, Max Scheler, Adolf Reinach... En contraste, me ha llamado la atención la amplia bibliografía del autor en autores que, también a mi juicio, han abordado la cuestión desde enfoques poco profundos, aunque más fáciles de leer, como por ejemplo

Adorno, Derrida, Foucault, Freud, Lyotard, Sartre... Creo que esto da pistas de por dónde se mueve la filosofía, siempre en la línea posmoderna de Byung-Chul Han.

Alberto Sánchez León. Universidad de Navarra
asanleo@gmail.com

PASCAL, BLAISE

Pensaments i opuscles, traducció i edició a cura de Pere Lluís Font, Adesiara, Barcelona, 2021, 791 pp.

Hay obras que enaltecen un idioma. Los *Pensamientos* de Pascal, junto con las *Cartas provinciales*, constituyen uno de los monumentos de la lengua francesa, una de las cumbres de la literatura de todos los tiempos. Su traducción supone siempre un reto, aunque cuando esta es satisfactoria, se produce el raro milagro de la comunicación y el idioma beneficiario queda igualmente enaltecido. Es lo que sucede en esta traducción y edición de Pere Lluís Font (1934), profesor emérito de Filosofía de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Los inicios de la relación de Pere Lluís con el pensador francés se remontan a mediados del siglo pasado. Buena parte de su obra está atravesada por un diálogo con Pascal, sea bien desde Montaigne y Descartes, bien hacia Kant. Tras toda una vida de estudio pascaliano (y pascalizante), brinda una obra muy meditada, acrisolada por años de estudio, en el que la *finesse* y la *géométrie* aparecen bien aquilatados, sin dejar de lado toda la dimensión teológica, que los lectores actuales tienden a olvidar. Son muy apropiados sus comentarios, que permiten caer en la cuenta de la distancia que separa al pensamiento actual del agustinismo jansenizante de Pascal, así como sus comentarios a la exégesis bíblica.

La lengua catalana queda encumbrada con esta espléndida edición, pensada para ser leída no solo por los especialistas, sino también para el hombre “culto” (35, p. 129), que reclamaba Pascal. La frescura, que atrapa a los lectores de todas las edades, es el rasgo